

RECUERDOS DEL CID (I)

EL RECUERDO POÉTICO DEL CID

La extensión del recuerdo que de sí dejó el conquistador de Valencia, es extraordinaria; la eficacia de ese recuerdo, muy considerable.

El Cid fué, ante todo, un duradero tema de poesía. En vida aún, inspiró canciones como el «Carmen», cuya conservación, sorprendente, dado el gran naufragio de la literatura de entonces, arguye la existencia de otras composiciones cidianas coetáneas que se hubieron de perder.

Poco después, aparece el «Poema de Mío Cid». Entonces la lengua española vivía humildemente inhábil para grandes concepciones literarias, y fueron los ideales cidianos, recién vividos en aventuras históricas, los que ya hondamente entrañados en el espíritu de la nación, arrebataron el balbuciente idioma hacia alturas nunca antes conocidas, para cantar en ese poema, el primero que revistió proporciones monumentales de gran ambición literaria, las aspiraciones, ideas y costumbres de la primitiva Castilla.

Desde entonces, la épica española, poesía del más elevado carácter nacional, cantó al Cid en otros poemas que se suceden hasta

(1) No puede concebirse campaña alguna de exaltación Cidiana, en la que el nombre glorioso de D. Ramón Menéndez Pidal, no destaque en lugar preeminente. Como es lógico, al emprender este nuestro noble y generoso empeño, solicitamos del eximio maestro su autorizada aportación a este acervo Cidiano. El Sr. Menéndez Pidal, pese a su tradicional bondad, no pudo acceder a nuestro ruego por agobios que sobre él pesan para la terminación en breve plazo de una obra que actualmente consume sus actividades unca desfallecientes, autorizándonos, en cambio, para que honremos estas páginas con unos epígrafes de «La España del Cid», el más bello documento y perenne homenaje que humana pluma supo rendir al invicto caudillo burgalés. Así lo hacemos hoy con estas emotivas y bellas páginas Cidianas del maestro.

el siglo XV. Lo cantó después la más vigorosa poesía tradicional que jamás ha existido, la de los romances, repetidos secularmente por todos, nobles o villanos, y cuyo último eco aun hoy se percibe en tonadas populares usuales desde Galicia y Cataluña, hasta Tánger y Chile. La figura del Cid fué revivida en nuestro teatro clásico, en el neoclásico, en el romántico y en el actual.

No hay momento alguno de la literatura española en que falte una obra importante consagrada al Cid; así que el recuerdo poético del Campeador es algo inseparable de nuestra misma hispanidad.

Además, el Cid, después de producir en su patria una florecencia poética como ningún héroe de otra nación, fecundó la imaginación de poetas extraños. Pasados los Pirineos, aparece el «Le Cid» como primera tragedia moderna, tragedia de tal valor, que en su constante estudio la juventud francesa aprende, desde los primeros años, a sentir la ática perfección de su arte clásico unida a los exótico nombres de Rodrigue y de Chimene; y luego otros escritores insignes, entre ellos Víctor Hugo, Heredia, Leconte de Lisle, renuevan aspectos del héroe castellano. Más allá del Rin, los versos del patriarca romántico hicieron tan famosos entre los alemanes los amores del Cid y Jimena, como los odios celebrados en torno de Sigfrido y de Krimhilda. En Inglaterra, podríamos recordar los poemitas de Lokhart y Gibson, las crónicas poéticas de Southey y Dennis; en Italia, el romancero cidiano de Monti; en Dinamarca, los fragmentos compuestos por Cari Bagger...; y la última vez en el coro de tantos pueblos la oíríamos allá en la Oceanía, donde los tagalos tienen también su poema «Búhay ni don Rodrigo at ni doña Jimena».

Entre los muy varios ideales que informan esta poesía de tan maravillosa perduración, debemos señalar cuáles son los que emanan de la vida misma del héroe, y nos revelan la fuerza inspiradora que ella realmente poseyó, a diferencia de los que son invención tardía, propia de los poetas de posteriores tiempos. Pero esto no debemos intentarlo sin antes indicar cuáles son los móviles que informan la historiografía, por ser allos más potentes.

EL RECUERDO HISTORICO.

La historiografía cidiana comienza también a raíz de defunción del Campeador. Entonces, la «Historia Roderici» realza por igual, de una parte el heroísmo de fidelidad, y de otra, el heroísmo bélico del desterrado burgalés.

Pasado medio siglo, ya los hechos del Cid entraron a formar parte de la historia general de la nación, y desde entonces las crónicas, compuestas lo mismo en Rioja que en León o en Toledo, en Aragón o Portugal, dedicaron amplias memorias al caballero de Vivar, distinguiéndose la «Crónica alfonsí» y sus hermanas, que destinarón a esta biografía mayor número de folios que a los más famosos monarcas.

Estas historias generales tratan los dos mismos temas que la particular «Historia Roderici», pero se aplican preferentemente al aspecto guerrero. Destacan en frase de llama evidencia, el extraordinario poder del que, siendo un simple y perseguido caballero, vino a ser, por el solo valor de su brazo, el mayor hombre del mundo que señor tuviese; apreciación en que los cidiófobos mismos convienen, al formular por su parte que «el Cid fué el más poderoso caudillo del siglo XI, y el único que conquistó por si solo un principado.» (2)

La principal eficacia ejemplar que se propone esa gran biografía de las crónicas se resume en un episodio por ellas referido, donde el Cid, haciendo comer en su mesa y en su plato al caballero montañés Martín Peláez, le enseña a ser valiente. Así, fué estimado sobre todo el Cid, como catedrático de valentía, según el apotegma de Juan Rufo (3), apotegma que es origen remoto del de «profesor de energía» aplicado a Napoleón. Ya como excitador de hazañas fué presentado el Campeador expresamente por fray Gil de Zamora (4), y, en realidad, fué catedrático de valentía para todas las generaciones siguientes.

El recuerdo del héroe castellano animaba al rey de Aragón Jaime I cuando, al batallar en la reconquista definitiva de Valencia, usaba la espada Tizón, que en aquellas mismas playas había ganado mío Cid del caudillo almorávide Búcar, y que era predilecta del rey aragonés, «como afortunada y dichosa para quienes la ceñían» (5). Después, la extensa biografía cidiana de la «Crónica General» vino a ser guía educadora de todo caballero novel, fuese el joven Alfonso XI, futuro triunfador en el Salado, fuese el aventurero y venturoso conde Pedro Niño, todos buscaban en los hechos del Campeador ejemplo de esforzado afán para alcanzar la palma victoriosa (6).

(2) DOZY. RECHERCHES. Tomo II, 1881, pág. 205.

(3) «Las seyscientas apotegmas», Toledo, 1596, fol. 19.

(4) «Ut inspectis lius strenuitatibus ad actus consimiles animentur milites et barones» (De praeconiis Hispamial, en CIROT, Bull. Hisp. XVI, 1914, pág. 81).

(5) Para Tizón en poder de Jaime I y de los reyes aragoneses sucesores véase mi «Poesía juglaresca», pág. 394, y «Mío Cid», pág. 567.

(6) «É vió libros que fablavan / del noble Cid Ruy Díaz / e como los reyes prova-

En épocas posteriores son innumerables los testimonios en que el Cid sirve de ejemplo. Y no sólo para los caballeros; para el pueblo todo fué el recuerdo del Cid una fuerza animadora. Como un prodigio real y efectivo, fué comprobado que los huesos del héroe se agitaron dentro de su sepulcro la víspera de la batalla de las Navas, y los españoles los sintieron resucitar en cada momento glorioso o difícil de la vida de la nación.

MESURA

En el guerrero más fuerte nos sorprende hallar como carácter poseído y poetizado la moderación. No sólo subordinó siempre su fuerza personal a la ley, sino que templó el rigor de ésta con la moderación.

El «Poema de Mío Cid» percibió muy vivamente, como tema de heroísmo, esa abstención de la violencia y eliminó los incidentales rasgos de desmesura que el Cid real mezcló en su carácter. El Cid de la realidad que renuncia al derecho nobiliario de combatir a su señor es el que inspira una de las principales ideas poéticas del poema, notada por F. Wolf: la lealtad del héroe, a pesar del rigor injusto del monarca. Aun bajo la inmediata impresión de la gran injuria del rey, mío Cid habla siempre «bien e tan mesurado». En esto el Poema da otra nota también singular. Mientras los cantores españoles y las «chansons» francesas glorifican al desterrado rebelde que atropella por todo, el juglar de «Mío Cid», fiel a una grave concepción de la vida, propia de su héroe, buscó la idealidad por otro derrotero y logró poetizar hondamente en su desterrado el decoro perfecto, la medida constante, el respeto a aquellas instituciones sociales y políticas que pudieran cortar la energía heroica.

El héroe y su poeta, en colaboración, deslizan en el género épico estas novedades, adelantándose mucho a su tiempo. En los siglos sucesivos seguirán los nobles usando la venganza privada, guerreando a su rey, a su tierra, seguirán los poetas cantando la violencia de sus héroes, y hasta inventarán un Cid insolente y desconsiderado, el Cid de las Mocedades.

van / con moros cavallerias» (Poema de Alfonso XI, 284). «Tomad exemplo del conde Fernán González... e del Cid Rui Diaz. que seyendo un pequeño caballero, peleando por la fe e por la verdad e por la honra de su rey e del reyno, venció muchas batallas e le fizo Dios tan grande e honrado, e fué temido de sus comarcanos». (Crón. de don Pedro Niño, edición Llaguno, 1782, pág. 7).

Notable es igualmente que el Cid del Poema renuncie a los pesados derechos del vencedor. Con su gran enemigo barcelonés es generoso y leal («una deslealtança, que non la fizo alguandre»). Atiende mucho al concepto que de él puedan formar los moros vencidos; es con ellos magnánimo; «que de mi non digan mal»; de modo que si los abandona, sienten perder su protección.

«Los moros e las moras bendiciéndole están
¿vaste, mio Cid?. nuestras oraciones váyante delante
nos pagados fincamos, señor, de la tu parte».

Nos hallamos a cien leguas del Carlomagno que en el «Roland» exige a fuego y espada la conversión de los sarracenos (7), y podemos con esto apreciar bien la significación de este héroe mesurado y tolerante, escogido como guía ejemplar en una nación donde violencia e intolerancia parecen consustancial y, en realidad, no son sino lamentable decaimiento de sus mejores ideales.

La noble ética del desterrado de Vivar fué, pues, una de las principales causas por las cuales hubo de ser cantado; ella impresionó poéticamente no sólo a los connacionales, sino a los extraños, en un tiempo en que resurgían todos los valores espirituales. Ya en la segunda mitad del siglo XII parece que la poesía alemana (documentada sin duda por sus juglares peregrinos a Compostela) había acogido un trasunto Rodrigo de Vivar en su extranjero margrave Rudiger, tipo que se incorporó después a la leyenda de los Nibelungos cual modelo de caballeros, valeroso, rico en éxitos y fiel vasallo; el bueno, el leal, el noble Rudiger que sacrifica su vida combatido por hondos conflictos morales (8).

RAMON MENENDEZ PIDAL

Director de la Real Academia
Española.

(7) Poema, edic. «La Lectura», 1913, págs. 59-60, y respecto a la medida en general, págs. 72-74.

(8) Los rasgos comunes entre Rodrigo Díaz y Ruedeger o Rüdiger son muchos; el nombre es análogo por etimología popular; Rudiger no es germano, sino que procede de una patria meridional; está casado con una parienta del rey, vive desterrado y prestó servicios importantes a un rey extraño; moró y combatió en una tierra árabe («ze Arabi in dem lamde», Biterolf, 3958); se distingue por su valor como guerrero, por su fidelidad como vasallo, por su carácter comedido, bondadoso y amable. Además es amigo de Walter de España. Esta explicación de la enigmática figura del margrave la explana el profesor Wadison Wisconsin, B. Q. Morgan, en su artículo «Ruedeger», publicado en los «Beitragte zur Geschichte...», tomo XXXVII, Halle, 1912, págs. 525, 536 y 564. Los germanistas no se han fijado en el trabajo convincente del profesor B. Q. Morgan. Téngase en cuenta la fama que el Cid gozó fuera de España, revelada en su «Chronicon Walllescense», y recuérdese que a mediados del siglo XII, había descendientes del Cid, en varias cortes europeas (en los tronos de Navarra y de las dos Sicilias, en la casa condal de Foix, etc.).